

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

17/2014

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

**INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN**

**Ignacio Olábarri Gortázar**

*El proceso de nacionalización de España y los nacionalismos periféricos*

*The Process of Nationalization of Spain and the Peripheral*

*Nationalisms*

*pp. 193-206*

DOI: 10.15581/001.18.193-206



Universidad  
de Navarra

---

# El proceso de nacionalización de España y los nacionalismos periféricos

*The Process of Nationalization of Spain and the Peripheral Nationalisms*

---

IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

Universidad de Navarra



Canal, Jordi, *Historia mínima de Cataluña*, Madrid, Turner-El Colegio de México, 2015, 298 pp. ISBN: 978-84-16142-08-0

De Pablo, Santiago, *La patria soñada: historia del nacionalismo vasco desde su origen hasta la actualidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, 432 pp. ISBN: 978-84-16345-85-4

Molina, Fernando-Pérez, José A. (eds), *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons Historia-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2015, 343 pp. ISBN: 978-84-15963-63-9

El proceso de nacionalización de España y la paralela construcción de los nacionalismos catalán y vasco, si bien viejos conocidos de nuestra disciplina, han suscitado nuevo interés en los últimos años, tanto por razones históricas como historiográficas. Valga como botón de muestra el dossier de la revista *Ayer* (90/2013) editado por Alejandro Quiroga y Ferran Archiles sobre «La nacionalización en España», que incluía cinco interesantes artículos —de Fernando Molina Aparicio, Joseba Louzao Villar y Marta García Carrión, además de los de los editores— y cuya presentación comenzaba afirmando que «[e]l estudio de los nacionalismos y de las identidades nacionales ha sido uno de los temas estrella en la historiografía española de los últimos años»; y el ensayo bibliográfico que en la misma revista (*Ayer*, 94/2014,257-270) publicaba Francisco Ja-

vier Caspistegui sobre «La nacionalización de las masas y la historia del nacionalismo español».

En este último año han seguido apareciendo publicaciones relevantes en este ámbito. Me han parecido de especial importancia los tres libros citados más arriba, aunque desde luego otros –algunos de los cuales también citaré de paso– son de gran interés.

Los libros de Jordi Canal y Santiago de Pablo tienen en común su carácter sintético: el primero, una breve pero muy completa y conseguida historia de Cataluña que prolonga una colección de «historias mínimas» en general muy logradas y muy leídas<sup>1</sup>; el segundo, una obra de alta divulgación sobre la historia del nacionalismo vasco escrita por uno de los mejores conocedores del asunto.

La obra de Canal, de final –como dice su autor en su prólogo, «impuesto por el presente [...] en el verano de 2015, en unos momentos especialmente agitados, llenos de interrogantes»– no se sujeta a ninguna disciplina nacionalista. Al comentar, al hilo de un conjunto de ensayos de *Gaziel*, los principales frutos de la historiografía contemporánea catalana, afirma Canal que toda historia nacionalista [...] era, simple y llanamente, una historia falsa» (p. 12). Es verdad que después de las historias nacionalistas elaboradas desde 1879 vino Vicens Vives, cuyo papel resultó fundamental y, en las décadas de 1970 y 1980, «intentos individuales y colectivos de reexaminar a fondo y reescribir la historia catalana (...si bien en algunos casos) el atributo marxista y comprometido sustituyó, simple y llanamente, al nacional y patriótico» (p. 13).

«Desde la última década del siglo pasado, en estrecha relación con las propias evoluciones de la historiografía y con las vicisitudes políticas –sigue escribiendo el profesor de la EHESS–, han regresado con fuerza inusitada algunos de los caracteres y problemas de la historia nacional que criticaba *Gaziel*». En una sociedad como la catalana «enferma de pasado» (Ricardo García Cárcel) se ha abusado de la elaboración de la historia como acto esencialmente patriótico y, consciente o inconscientemente, se ha confundido el peso de la memoria con el relato de la historia, tanto en obras de síntesis o de divulgación como en la conmemora-

---

<sup>1</sup> Comenté la primera de ellas, la *Historia mínima de España*, en Olábarri, 2014, pp. 173-178, y mi reseña de la segunda, la *Historia mínima del País Vasco*, de Jon Juaristi, aparecerá pronto en *Sancho el Sabio*.

ción de algunas fechas claves de la historia de Cataluña como puede ser el final, en 1714, de la guerra de Sucesión<sup>2</sup>.

El autor no pretende haber escrito una «nueva» historia de Cataluña, pero sí haberlo hecho sin otro compromiso como historiador «que el que tengo con la propia historia en tanto que disciplina y oficio», «una historia en la que, a pesar de que la política constituya su espina dorsal, se tratan también los aspectos económicos, sociales y culturales». No en vano hizo Canal sus primeras lides en el oficio como historiador de la política, de la política del carlismo en concreto, pero a través de un camino en el que lo social y lo cultural jugaban un papel de primera importancia.

El libro se divide en cinco partes, según un estricto orden cronológico: «Noticias de Cataluña», o, en rigor, de una época en la que no existía Cataluña como entidad ni tampoco se usaba dicho término; «Cataluña y la corona de Aragón»; «Cataluña en la monarquía hispánica»; «Cataluña en la época contemporánea» y «La Cataluña de ayer y de hoy».

La *Historia mínima de Cataluña* se revela especialmente útil al lector de hoy. Como dice su autor, «mito e historia se confundieron en la historia de Cataluña elaborada desde el siglo XIX (...y) para escribir una historia rigurosa la separación de mito e historia es imprescindible» (p. 81). No se puede atribuir el carácter de «historia nacional» a episodios o desarrollos anteriores a la aparición del propio concepto moderno de nación y es preciso saber que «conmemorar una derrota» es algo distinto de narrar un episodio histórico, por importante que este sea. Como afirma Canal, «las declaraciones de [Artur] Mas y otros dirigentes sobre ganar en las urnas en 2014 lo que se perdió en 1714 por las armas, resultan, desde un punto de vista histórico, una barbaridad. Aunque han pasado ya tres siglos desde los acontecimientos del final de la guerra de Sucesión y casi nada vincula el presente con aquel entonces, los nacionalistas se esfuerzan en revivirlos cada año, construyendo el mañana desde el ayer» (p. 123).

El libro de Canal es muy rico e imposible de resumir aquí. Para catalanes y para no catalanes es una mina de informaciones –apoyadas en una selecta bibliografía final– y también una forma de reflexión sobre el pasado remoto y reciente de Cataluña y de su relación con la corona de

<sup>2</sup> Un ejemplo magnífico, a mi parecer, de cómo estudiar sin anacronismos las relaciones entre historia y memoria en el caso que comentamos es el libro de Sánchez-Costa, 2013.

Aragón, la «compuesta» monarquía hispánica y, en fin, con la propia España<sup>3</sup>. El surgimiento y la debida interpretación de símbolos e himnos como el escudo catalán, la *senyera*, la *estelada* o *Els segadors* están también bien tratados y los principales actores individuales y colectivos bien presentados. Doctrinas tan importantes en la historia de Cataluña como el pactismo o el desarrollo de la personalidad catalana se analizan con agudeza y queda bien de manifiesto la riqueza del patrimonio lingüístico y cultural catalán a lo largo de los siglos. Particularmente interesante me parece la afirmación de Canal de que la «nacionalización de la sociedad [después del restablecimiento de la Generalidad en 1977], tanto en las etapas pujolista y masista, como en la de los tripartitos, explican, junto con la crisis económica y social, la situación actual» (p. 288). Canal escribe muy bien y muchos de los títulos elegidos para los distintos epígrafes del libro («¿Tanto monta, monta tanto?», «La fábrica de España», «Abrazo mortal», «Sopa de letras», etc.) expresan muy bien lo que nos explica sobre momentos claves de la historia catalana.

*La patria soñada* está escrita también con soltura y revela el dominio que de la historia del nacionalismo vasco tiene Santiago de Pablo, que ha escrito, solo o junto con otros autores, un muy importante conjunto de libros sobre él: los más conocidos aparecen entre los treinta libros sobre el nacionalismo vasco que se citan al final del libro, a los que se añaden diez películas (De Pablo ha escrito mucho sobre las relaciones entre cine e historia) y cinco páginas *web* para ampliar información. Como el libro de Canal, el del catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco no tiene aparato crítico (sí, en cambio, un útil índice onomástico) porque no está dirigido al investigador sino al público no especializado. Como ha escrito de él Juan Pablo Fusi, es «una brillante síntesis: el nacionalismo vasco como ideal; el nacionalismo vasco como problema».

El libro está organizado en seis capítulos y un epílogo divididos por los principales hitos cronológicos del movimiento. En unas breves páginas introductorias su autor explica que «el nacionalismo vasco no surgió de la nada» (p. 13). Si bien no se detiene en estudiar a fondo el particularismo vasco, De Pablo cita los principales factores que confor-

<sup>3</sup> Como todo el mundo sabe, tampoco la nación española nació con Viriato. La más completa y profunda obra reciente sobre el asunto es la dirigida por Morales Moya, Fusi y Blas Guerrero 2013 y que comenté en Olábarri, 2014b, pp. 747-750.

man la identidad vasca: una especificidad cultural —con el mantenimiento del euskera, la lengua vasca, sobre todo en el ámbito rural—, la afirmación del profundo e inmemorial catolicismo de sus habitantes, la mitificación de la historia, la persistencia de los Fueros y un doble patriotismo español y vasco. A ello se añade el mantenimiento parcial de las competencias forales después de las guerras carlistas, que configuró situaciones distintas para los únicos territorios que habían mantenido su personalidad propia dentro de España hasta el siglo XIX: Navarra, que en parte siguió disfrutando de ella después de la Ley «Paccionada» de 1841, y las Provincias Vascongadas, que aun perdiendo sus Fueros en 1877 gozaron todavía del «residuo foral» que significaba el régimen de Concierptos Económicos<sup>4</sup>.

La profunda decepción que supuso la pérdida de sus Fueros impulsó la constitución de grupos que pueden considerarse precedentes inmediatos del nacionalismo vasco, como la *Asociación Euskara* de Navarra o la *Sociedad Euskalerría* de Bilbao. También la crisis española de 1898 y la influencia del rápido proceso de industrialización de Vizcaya en el último cuarto del siglo XIX, con las tensiones sociales que facilitó, son factores que deben ser considerados a la hora de explicar el surgimiento del nacionalismo vasco. Pero, como afirma De Pablo al hablar de «El padre de la patria (1865-1903)», «a diferencia de otros movimientos nacionalistas, que no tienen un único fundador, en el caso vasco, Sabino Arana ocupa ese puesto sin ninguna discusión, debido a que a él se debió la creación, el 31 de julio de 1895, del Partido Nacionalista Vasco (PNV), que todavía hoy sigue siendo el grupo político con mayor apoyo electoral en el País Vasco. Sin embargo, sus seguidores recalcaron que Arana no había *inventado* la nación vasca, sino que la había *descubierto*, rompiendo así el *engaño* al que habían sido sometidos los vascos por siglos de dominación castellana y española» (pp. 17-18)<sup>5</sup>.

Si bien Arana diseña en un primer momento el «bizkaitarrismo», basado en una raza («Todos los apellidos vascos del mundo... y uno más», escribe el autor), una historia y unos símbolos (en particular la bandera bicrucífera o «ikurriña») que corresponderían a la «Bizkaya independiente» que imagina, pronto el nacionalismo vasco, sin perder sus rasgos «raciales», lingüísticos y religiosos —Arana era un integrista—

<sup>4</sup> Véase la brillante síntesis editada por Agirreazkuenaga y Alonso, 2014.

<sup>5</sup> La más reciente y completa biografía de Arana es la de Granja Sainz, 2015.

fundacionales, se extiende a los siete territorios «históricos» de «Euzkadi», otro de los neologismos de larga vida creados por Sabino.

Como ya he adelantado, a lo largo de esta brillante síntesis de la historia del nacionalismo vasco que nos ofrece De Pablo se explica bien su evolución, su progresivo avance en tierras vascongadas, particularmente en Vizcaya y Guipúzcoa, la aparición de corrientes y divisiones internas y el progresivo logro de ciertos éxitos políticos, eso sí, en medio de un «pueblo vasco» eminentemente pluralista, como nos enseñó a casi todos Juan Pablo Fusi. Especialmente importante es la lucha por el Estatuto de Autonomía durante la II República, con el PNV como elemento central de un sistema político en el que se produjeron en solo cinco años importantes bandazos, y con un especial protagonismo de quien sería, en 1936, el primer presidente del Gobierno vasco, José Antonio Aguirre, en ocasiones un gobernante en busca de la utopía («la patria soñada»), en otros momentos –con la ayuda de su rival socialista Indalecio Prieto– un dirigente pragmático.

En todo caso, la autonomía lograda en 1936 –y entendida siempre por los *jeltzales* como un primer paso hacia la independencia– se logró en medio de «una guerra entre hermanos». Y si el PNV, en el exilio o en el interior, no renunció después de 1939 a sus ideales, y desarrolló una interesante política de alianzas con las demás fuerzas opuestas al franquismo, también vio cómo nacía en su interior «un cáncer», la organización revolucionaria ETA, cuya fundación en 1959, actividad terrorista y escisiones internas describe el autor en el último capítulo de su libro.

Fue el navarro Manuel Irujo quien, en una carta al *Euzkadi Buru Batzar* –máximo órgano rector del PNV–, afirmó que «ETA es un cáncer que, si no lo extirpamos, arruinará todo nuestro cuerpo político». «El origen de ETA –escribe De Pablo– puede rastrearse en la inquina que algunos jóvenes nacionalistas del interior comenzaron a sentir a principios de la década de los 50 hacia lo que ellos consideraban actitud pasiva del PNV hacia la dictadura» (p. 356). Los estudiantes de *Ekin*, integrados entre 1955 y 1957 en EGI, la organización juvenil del PNV, eran partidarios de la «actividad subversiva», para hacer caer a Franco, a través de un «levantamiento general de Euzkadi». Pronto el conflicto con las autoridades del PNV se hizo inevitable y en julio de 1959 se fundaba ETA (*Euzkadi ta Askatasuna*, esto es, «Euzkadi y Libertad»), que, en su I Asamblea, de mayo de 1962, se autodefinía como «Movimiento Revolucionario Vasco de Liberación Nacional» y en su V Asamblea (diciembre de 1966-

marzo de 1967) como «Movimiento Socialista Vasco de Liberación Nacional».

Tal como afirma el autor del libro, «el término “marxismo-leninismo” no aparece como tal en los textos de la V Asamblea, que confirmó la definición de ETA como una mezcla entre socialismo y nacionalismo, cuyo sujeto sería el “Pueblo Trabajador Vasco” (...). Su “nacionalismo revolucionario” decía enmarcarse en el “internacionalismo proletario, que es la lucha de liberación de los pueblos oprimidos” contra el “imperialismo internacional”. Eran palabras que sin duda hubieran sonado como una herejía a oídos de Sabino Arana y que confirmaban el abismo ideológico que se había abierto entre el PNV y ETA. Esta ya se había alejado del pensamiento sabiniano al proclamar la aconfesionalidad y al dar más importancia a la lengua que a la raza, como definición del carácter nacional vasco» (pp. 364-365).

No es posible recorrer en estas líneas el proceso de organización, fijación de una doctrina y acción de ETA en los años siguientes, en los que los conflictos internos fueron, además, numerosos y complicados de desentrañar; pero creo que para entender mejor las casi cincuenta páginas que el autor dedica a la historia de ETA durante el franquismo — que ha sido objeto de muchos estudios monográficos — me parecen necesarias algunas observaciones.

La primera, que ETA y sus sucesivas y en muchas ocasiones contrapuestas estructuras «militares» y políticas no se definen bien con el calificativo habitual de nacionalistas «radicales». ETA no es una versión radical del PNV, que apostaría por la independencia a corto plazo de Euskadi sin pararse en barras a la hora de emplear medios violentos para lograrla. En segundo lugar, ETA tampoco es un movimiento «socialista democrático»; como dice De Pablo, «la historia y la ideología de ETA solo se entienden desde la perspectiva de un movimiento revolucionario, en el contexto europeo y mundial de la década de 1960, que dio lugar al terrorismo de grupos como el IRA irlandés, las Brigadas Rojas italianas o la Baader Meinhof alemana» (p. 366).

Las definiciones ideológicas que adoptan las sucesivas escisiones dentro del movimiento nos hablan, incontestablemente, de la influencia en él del socialismo marxista — sobre todo en sus versiones leninista, trotskista y maoísta —, algo que contribuye a entender la razón de fondo de su recurso a la violencia, en el que cayeron episódicamente algunos miembros del PNV, pero que es central en la estrategia de ETA. Y, como



pone ya de manifiesto ese «contexto mundial», ETA no recurre a la «acción revolucionaria» – desde la perspectiva democrática, violencia terrorista – para hacer caer una dictadura, sino para alumbrar la «Euskadi socialista y antiimperialista» soñada por sus dirigentes. Es evidente que las acciones de ETA contra el régimen de Franco –y más que ninguna otra el asesinato de Carrero Blanco– le granjearon grandes simpatías entre los opositores a Franco dentro y fuera de Vasconia y de España<sup>6</sup>; pero ETA no actuaba solo ni principalmente para derrocar a Franco, como lo muestra el simple hecho de que, desgraciadamente, y como es sabido, la muerte del dictador, la transición democrática y la aprobación de un nuevo Estatuto de Autonomía dentro del marco de la Constitución de 1978 no dio lugar a su desaparición, sino al incremento de la violencia terrorista, probablemente el elemento más desestabilizador de la nueva democracia española.

Otro factor que no debe dejar de señalarse es el de la relación entre nacionalismo vasco y religión. Abordado recientemente por Joseba Louzao<sup>7</sup>, quien señala los parecidos en este punto entre el nacionalcatolicismo español y el aranismo («Un imaginario para dos naciones», titula con acierto), ya hemos visto que ETA introduce en el movimiento la aconfesionalidad; pero, si bien es cierto que, como señala Jon Juaristi en su *Historia mínima del País Vasco*, ETA no nació en un convento, también lo es que la organización se vio apoyada en los años sesenta y setenta del siglo pasado por lo que De Pablo llama «una versión marxista de la teología de la liberación aplicada al caso vasco» (p. 379). Como en épocas anteriores –singularmente durante la II República y la guerra civil–, la relación entre los partidos católicos vascos, nacionalistas vascos y nacionalistas españoles, y el clero y la jerarquía eclesiástica, fue durante el régimen de Franco un tema espinoso.

En la espiral de acción-represión-acción, diseñada teóricamente por ETA en 1968, la organización cometió 43 asesinatos entre 1968 y 1975. Durante la Transición y la democracia, fueron casi 800 los muertos que provocó; y, cuando en 1988 se firmó el Pacto de Ajuria Enea, «un paso importante en la unidad de nacionalistas y no nacionalistas contra ETA» y se incrementó la eficacia policial antiterrorista, «ETA optó por iniciar

<sup>6</sup> Y entre los historiadores extranjeros, como muestra bien el artículo de Caspistegui (En prensa).

<sup>7</sup> Louzao Villar, 2015, pp. 81-107.

un proceso de “socialización del sufrimiento”, con tácticas de *kale borroka* (terrorismo callejero de menor intensidad), que permitían mantener la tensión de sus simpatizantes» (p. 399).

De Pablo muestra también su empatía hacia las víctimas del terrorismo –y no oculta la existencia, antes y después de 1975, de un terrorismo de Estado– cuando, como al comentar el documental de Iñaki Arteta *Trece entre mil* (2005) sobre el atentado del 13 de septiembre de 1974 en la cafetería Rolando de Madrid, muy cerca de la Dirección General de Seguridad, en el que murieron un policía y doce civiles, escribe que «el rostro silencioso de su madre –de la madre de María Ángeles Rey, una joven estudiante fallecida en aquella tragedia– refleja a la perfección el sufrimiento de quienes durante muchos años padecieron en soledad la violencia de ETA» (p. 390). «Las víctimas –escribe también el autor– no recibieron ningún reconocimiento ni fueron objeto de homenaje alguno», mientras que Juan Paredes Manot (*Txiki*) y Ángel Otaegui, los dos únicos miembros de ETA ejecutados (27 de septiembre de 1975) a lo largo de su historia, se convirtieron en «*mártires* de la organización» (p. 392).

«En cualquier caso –concluye el autor–, pese al fin de la amenaza terrorista [en octubre de 2011 ETA anunciaba el «cese definitivo de su acción armada», si bien todavía hoy no se ha disuelto], con un total de más de 800 muertos a espaldas de ETA aún hay muchas heridas que curar y muchas historias que contar, siempre que estas se escriban respetando los hechos tal como fueron y no tal y como a cada uno le gustaría que hubieran sido»<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Hay mucho por hacer en el relato de la experiencia de las víctimas y de sus familiares, pero pueden consultarse, entre otras, la obra coordinada por Ortiz de Orruño y Pérez, 2013; y, para Navarra, Marrodán, 2013-2015. En su ensayo (22/10/2015), Marrodán, contando algunos casos de víctimas –y de victimarios– de ETA y de otros conflictos de la historia reciente, pone de manifiesto la necesidad moral, por parte de periodistas e historiadores, de narrar adecuadamente algo que no es solo un «problema social», sino ante todo una profunda tragedia personal y familiar que tenemos que saber afrontar.

Sobre el asunto, véanse también el reciente libro de Arregui, 2015; y Castells Arteché y Rivera Blanco, 2015, pp. 265-305. Los autores afirman que desde los años ochenta del siglo pasado emerge un nuevo colectivo que centra la atención pública y la de los historiadores: las víctimas; en el caso concreto de la Euskadi actual, rechazan tanto «una estrategia interpretativa [...] que pretende huir de la consideración del fenómeno terrorista que ha asolado este país de la mano de ETA para reconvertir la percepción de nuestro pasado en una suma de sufrimientos personales padecidos por las “partes en conflicto” (...), así como) la tendencia que comienza a ser dominante en el País Vasco de “privatizar” y “despolitizar” a las víctimas, de despojarles de su contenido simbólico y de la carga

Algunas de las últimas informaciones de De Pablo nos dan pie para pasar el tercero de los libros que quiero comentar. Ya sabemos que Navarra había mantenido parte de su autonomía foral a través de la Ley de 1841. Como había ocurrido ya durante la II República, en el proceso constituyente y autonomista de la Transición Álava, Guipúzcoa y Vizcaya aprobaron (referéndum de 25 de octubre de 1979) el Estatuto vasco de Guernica, actualmente vigente, según el cual Navarra podría incorporarse a él en cualquier momento, en el caso de que así lo decidieran sus habitantes. Sin embargo, desde 1982 esta provincia constituye —por voluntad de la mayoría de los navarros— una autonomía diferente, la Comunidad Foral de Navarra. Pero en las elecciones locales de mayo de 2015, y pese a que el nacionalismo sigue siendo minoritario, «la crisis del navarrrismo y la dispersión electoral han permitido a Bildu hacerse con la alcaldía de Pamplona y a Geroa bai (coalición en la que está incluido el PNV) alcanzar la presidencia del Gobierno de Navarra» (p. 405).

El autor hace dichas afirmaciones en el epílogo de su libro, que titula «Todavía hoy (1975-2015)». Pienso que los últimos 40 años de la historia de Vasconia hubieran merecido más de las 7 páginas que el autor les dedica, a pesar de que en ellas demuestra también, como a lo largo de toda la obra, su capacidad de síntesis y la agilidad de su relato.

Precisamente en *El peso de la identidad* Ángel García-Sanz Marcotegui estudia el caso de «Navarra, entre madre de Euskalerrria y “nuestro Ulster”»<sup>9</sup>. A partir de fuentes directas y de una amplia bibliografía, el catedrático de la Universidad Pública de Navarra estudia el nacionalismo vasco en Navarra en el marco más amplio del problema, discutido ayer y hoy, de la identidad de Navarra. De manera sucesiva, García-Sanz expone las dificultades del PNV por establecerse en Navarra —hasta 1910 no

---

e intención política que su asesinato entrañaba, para presentar nuevamente su causa como una cuestión personal, en donde el foco se pone en superar el “malestar” de “todas” las víctimas, evitando cuidadosamente la mención a ETA como generadora de su existencia» (pp. 266-267). Después de estas afirmaciones, que Castells y Rivera enmarcan en un contexto historiográfico más amplio, se procede a un certero análisis de la construcción y explotación del «nosotros» vasco doliente, que se contrasta después con la presentación de «las víctimas reales como contradicción del pueblo víctima».

También la literatura y el cine se han acercado recientemente al drama de las víctimas de ETA. Véase entre tantas la reciente novela de Ybarra, 2015, escrita, entre otras vivencias personales y familiares, a partir del secuestro y asesinato por ETA en 1977 del abuelo paterno de la escritora, Javier de Ybarra y Bergé.

<sup>9</sup> García-Sanz Marcotegui, 2015, pp. 29-55. El primer historiador en aplicar a Navarra la denominación de «Ulster vasco» fue el británico Martin Blinkhorn.

se implanta y todavía en 1931 contaba solo con cinco Juntas Municipales en la provincia —, la descalificación permanente que el nacionalismo vasco hace de los demás partidos políticos navarros y el profundo significado del rechazo por los nacionalistas del término —de aceptación prácticamente unánime en el siglo XIX y primer tercio del siglo XX en las cuatro provincias— «vasco-navarro», que era efecto de la conciencia generalizada de la personalidad histórica de Navarra, debido a su condición de reino hasta 1841 y a su peculiar régimen foral desde esa fecha.

Muy grave también para los nacionalistas —con excepción de algunos navarros, que se resistieron a la hegemonía vizcaína en el movimiento— fue el escollo que suponía la diversidad de Navarra y en particular la realidad de la Ribera, tan castellanizada y españolizada que se podía temer que hubiese perdido su idiosincrasia vasca —el *jeltzale* Manuel Irujo escribía en 1931 que «Euzkadi tiene su Ulster político en la Ribera Nabarra» (p. 46)—, la «Andalucía del Norte», la tierra de la jota —para diversos observadores, el peligro de la Ribera no era solo la desvasquización, sino la desnavarrización, la *aragonesización*—, cuya invasión «era mucho peor, mil veces peor, que una invasión militar porque se acababa con las almas, al igual que los toros, el castellano, etc.» (p. 45).

La singularidad de la Ribera explica, a juicio de García-Sanz, la definición política republicano-socialista —explícitamente enfrentada a «las derechas clericales y nacionalistas» (p. 46), básicamente carlistas y PNV— de la comarca durante la II República, definición que fue (*loc. cit.*) «uno de los obstáculos más graves para los nacionalistas al plantearse la cuestión estatutaria». Como es sabido, en 1932 la Asamblea de representantes de los Municipios navarros se separó por decisión mayoritaria —de ninguna manera unánime— del movimiento autonomista iniciado en 1931 en las cuatro provincias, el Estatuto Vasco de Autonomía aprobado por el Gobierno republicano en octubre de 1936 no incluía a Navarra y los mismos problemas se plantearon durante la Transición desde el franquismo a la monarquía democrática<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> Desde el libro de Jimeno Jurío, 1977 [reeditado en 1997 por Txalaparta y en 2005 por Pamiela, Udalbide y Euskara Kultur Elkargoa en el tomo 14 de las *Obras completas* del autor, titulado *La Segunda República en Navarra (1931-1936)*], hasta el reciente libro de Arbeloa, 2015, no han faltado los análisis de la decisión de 1932 y sus complejos factores personales, partidistas y estructurales. Un breve estado de la cuestión en Olábarri, 1986, pp. 127-142.

García-Sanz sintetiza también bien lo ocurrido después cuando expone que «a partir de los años sesenta del siglo XX Navarra cambió sustancialmente su estructura socioeconómica y pasó de ser una provincia agraria y retrasada a otra con los rasgos propios de las sociedades industriales y posindustriales. Paralelamente también varió en parte la percepción de lo navarro y de lo vasco, por lo que surgieron nuevos problemas y se renovaron otros antiguos, sobre todo en la etapa de la Transición. En efecto, tras la muerte de Franco, la especificidad de Navarra reapareció de nuevo y truncó las expectativas de un Estatuto común para las Vascongadas» (p. 50). En el fondo latía el sempiterno problema —que todavía no ha obtenido una solución política satisfactoria— de la particular identidad de Navarra.

«Para interpretar —sigue afirmando el autor— la fractura social que vive en Navarra en cuanto a la cuestión identitaria desde hace varias décadas hay que tener en cuenta el profundo calado excluyente de las propuestas de organización política planteadas en ese tiempo. Buen reflejo de ello es que el término “vasco-navarro” empezó a ser rechazado por casi todos y el de “Euskalerría” (defendido por los medios abertzales y por ETA) adoptado por buena parte de la opinión».

«El panorama descrito hasta aquí se ha enmarañado mucho más, teniendo en cuenta que los nacionalistas logran ahora un apoyo tres veces superior al que tenían en la Segunda República (9 por 100), a la par que siguen todavía concitando un gran rechazo social». Según nuestro autor, «diversos factores, entre ellos el terrorismo de ETA, han hecho que en torno al 40 por 100 de la población no se considere vasca. Esta actitud es novedosa en la sociedad navarra y pone de relieve la difícil situación política de la comunidad foral, máxime en un momento en que los llamados partidos constitucionalistas tienen cada día mayores problemas de credibilidad. A todo ello se añade que aproximadamente un tercio de los residentes en Navarra no ha nacido en ella y que un tercio de ellos (...) lo ha hecho en el extranjero. De ahí que pueda concluirse que el panorama identitario del antiguo reino presenta incertidumbres e interrogantes como pocas veces a lo largo de su dilatada historia» (pp. 52-53).

Dicha cuestión identitaria —y concluyo ya este extenso comentario— exige, como ha hecho ya García-Sanz en otras de sus obras, además

de otros autores<sup>11</sup>, conocer la dominante corriente de opinión «navarrista» durante el último siglo y medio de vida de la provincia, manifestada recientemente entre otras realidades ideológicas y políticas por la obra historiográfica y política de figuras como Jaime Ignacio del Burgo, por la aprobación en 1982 de la LORAFNA, por la opinión expresada desde *Diario de Navarra* y por la creación del durante muchos años predominante partido navarrista Unión del Pueblo Navarro.

Pero, en definitiva, queda todavía mucha tarea por hacer: como escriben Fernando Molina y José Antonio Pérez en su intelectualmente provocativa introducción al libro en el que se incluye el trabajo de Ángel García-Sanz, *El peso de la memoria*<sup>12</sup>, es necesario, al menos provisionalmente, volver a las exigencias historiográficas de Ranke y dejar de lado las interpretaciones posmodernas de Hayden White o Simon Schama para salir de la trama de la «insostenible levedad de la nación en la historia vasca», para conocer lo mucho que queda por investigar del pasado reciente del País Vasco sin aceptar — como lo ha hecho también Jordi Canal para Cataluña — los encuadres nacionalistas que han servido de base a muchos mitos historiográficos con indiscutible proyección política.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Agirreazkuenaga, Joseba y Alonso, Eduardo, *The Basque fiscal system; History, current status and future perspectives*, Reno, University of Nevada Press, 2014.
- Arbeloa, Víctor Manuel, *La minoría vasco-navarra: la religión y la autonomía*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2015.
- Arregui, Joseba, *El terror de ETA. La narrativa de las víctimas*, Madrid, Tecnos, 2015.

<sup>11</sup> Un buen estado de la cuestión — hasta el momento de su publicación — en la «foucaultiana» y magnífica tesis de Leoné Puncel, 2005, pp. 19-37.

<sup>12</sup> En el citado libro editado por Molina y Pérez, 2015, además de dicha introducción y de los capítulos ya citados, escritos por García-Sanz, Louzao y Castells y Rivera, el libro incluye otros seis: Félix Luengo Teixidor, «Los símbolos del País Vasco, ¿Con cuáles nos quedamos?»; Pedro Berriochoa Azcárate, «De la vida rural vasca. Caseríos, caseros y cuentos»; Rafael Ruzafa Ortega, «La última etapa foral. Un país sin historia social ni gente corriente»; Javier Corcuera Atienza, «Los derechos históricos. ¿Un instrumento para la desarticulación de la nación española?»; Fernando Molina Aparicio, «"El conflicto vasco". Relatos de historia, memoria y nación», y José Antonio Pérez Pérez y Raúl López Romo, «La memoria histórica del franquismo y la Transición. Un eterno presente». Hay, sí, una cercanía en la aproximación histórica a sus diversos asuntos de sus autores, pero no, como pretenden Molina y Pérez, una «identidad generacional» (p. 17).

## IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

- Caspistegui, Francisco Javier, «Basque Violence and International Academy» en *From Bullets to Balleys: ETA's Terror and Nationalist Politics in the Basque Homeland*, eds. Rafael Leonisio, Fernando Molina y Diego [En prensa].
- Castells Arteche, Luis y Rivera Blanco, Antonio, «Las víctimas. Del victimismo construido a las víctimas reales» en *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, eds. Fernando Molina-José A. Pérez, Madrid, Marcial Pons Historia-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2015, pp. 265-305.
- García-Sanz Marcotegui, Ángel, «Navarra, entre madre de Euskalerría y “nuestro Ulster”», en *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, eds. Fernando Molina-José A. Pérez, Madrid, Marcial Pons Historia-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2015, pp. 29-55.
- Granja Sainz, José Luis de la, *Ángel o demonio: Sabino Arana. El patriarca del nacionalismo vasco*, Madrid, Tecnos, 2015.
- Jimeno Jurío, José María, *Navarra jamás dijo no al Estatuto Vasco*, Pamplona, Punto y Hora de Euskal-Herria, 1977 (reeds. 1997, 2005).
- Leoné Puncel, Santiago, *Los Fueros de Navarra como lugares de la memoria*, Donostia-San Sebastián, FEDHAV, 2005.
- Louzaio Villar, Joseba, «El síndrome de Jerusalén. ¿Los vascos y la religión?», en *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, eds. Fernando Molina-José A. Pérez, Madrid, Marcial Pons Historia-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2015, pp. 81-107.
- Marrodán, Javier (dir.), *Relatos de plomo: historia del terrorismo en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2013-2015, 3 vols.
- Marrodán, Javier, «El relato, una necesidad moral. Reflexiones y propuestas para una sociedad postterrorista», *Fronterad. Revista Digital*, 22/10/2015, [www.fronterad.com/](http://www.fronterad.com/).
- Molina, Fernando y Pérez, José A. (eds.), *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons Historia-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2015.
- Morales Moya, Antonio; Fusi, Juan Pablo y Guerrero, Blas, *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013.
- Olábarri Gortázar, Ignacio, «Navarra y el Estatuto Vasco: la decisión de 1932» en *Cuestiones de historia moderna y contemporánea de Navarra*, eds. Valentín Vázquez de Prada et al., Pamplona, Eunsa, 1986, pp. 127-142.
- Olábarri Gortázar, Ignacio, «Juan Pablo Fusi o la excelencia en la precisión valorativa», *Memoria y Civilización*, 17, 2014a, pp. 173-178.
- Olábarri Gortázar, Ignacio, «Morales, A., Fusi Aizpurúa, J. P. y De Blas Guerrero, A.: *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Fundación OrtegaMarañón/Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Madrid-Barcelona», *Historia Contemporánea*, 49, 2014b, pp. 747-750.
- Ortiz de Orruño, José María y Pérez, José Antonio (coords.), *Construyendo memorias: relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013.
- Sánchez-Costa, Fernando, *A l'ombra del 1714. Memòria pública i debat polític a la Barcelona republicana (1931-1936)*, El Ejido, Círculo Rojo, 2013.
- Ybarra, Gabriela, *El comensal*, Barcelona, Caballo de Troya, 2015.